
Santo Tomás de Aquino y la Teología de la Liberación

— CARTA A UN JOVEN TEOLOGO —

Clodovis Boff, O.S.M.*

Querido amigo:

Apenas ha comenzado sus estudios de teología y ya ha entrado usted en contacto con la llamada "teología de la liberación". Me dice que tiene profesores que en nombre de Santo Tomás de Aquino se sublevan con vehemencia contra esa corriente teológica. Usted mismo se muestra perplejo, no sabiendo qué pensar. Y se pregunta si la "teología de la liberación" será una teología alternativa a la de Santo Tomás. Por mi parte voy a decirle lo que pienso: ni los tomistas ni los anti-tomistas, creo, tienen razón en esta cuestión. Los primeros por su dogmatismo y los segundos por mos-

trarse diletantes. Pero tampoco quiero parecer aquí como un teólogo recuperador, apresurándome a afirmar sin mayor examen que la "teología de la liberación" es fruto directo del tomismo. No. Encuentro que la relación entre estas dos corrientes es diversamente profunda.

Quiero decirle cómo veo esta relación. Pienso que se da o que puede darse en cuatro niveles.

En primer lugar, Santo Tomás de Aquino (entiéndase: su teología) está en relación con la "teología de la liberación" en el nivel de los *presupuestos*. Entiendo que la "teología de la liberación" sólo existe

* Doctor en Teología, Universidad de Lovaina; Profesor en la Facultad de Teología de Rio de Janeiro. THEOLOGICA XAVERIANA agradece al autor la cesión de su artículo para traducción y publicación.

y puede existir sobre la base de una tradición teológica anterior, en la cual ocupa un lugar reconocido e importante la teología de Tomás de Aquino.

En segundo lugar, Santo Tomás se relaciona con la “teología de la liberación” en el nivel del *asunto* mismo. Realmente Santo Tomás fue un “teólogo político” de su tiempo, como lo son los “teólogos de la liberación” hoy.

En tercer lugar, Santo Tomás se relaciona con la “teología de la liberación” como *ejemplo* de cómo asumir las mediaciones teóricas. Quiero decir: Tomás de Aquino afrontó el desafío de su tiempo —el aristotelismo— desde la perspectiva de la fe y lo hizo de modo ejemplar. Por ello aparece como modelo para los “teólogos de la liberación” con respecto a los desafíos culturales propios de su tiempo, principalmente al de la racionalidad socio-analítica.

En cuarto lugar, Tomás de Aquino se aproxima al “teólogo de la liberación” por haber sido un *teólogo militante*, por haber teologizado en conexión con la praxis, aunque ello pueda parecer sorprendente. Ahora bien, esto es lo que quieren ser y hacer los “teólogos de la liberación”.

Quiero desarrollar a continuación cada uno de esto cuatro puntos.

I. LOS PRESUPUESTOS

Afirmo: Tomás de Aquino se sitúa en la base de la “teología de la

liberación”. Esta lo presupone. ¿Cómo? me pregunta usted. y yo le explico.

Es verdad: la “teología de la liberación” es la articulación rigurosa de aquello que las comunidades cristianas de base practican ya de modo, por así decir, espontáneo: confrontar la práctica concreta con el Evangelio. Es el método Evangelio-Vida. La “teología de la liberación” es, entonces, la reflexión crítica de nuestra situación a la luz de la Palabra de Dios. Ella quiere responder a esta pregunta: ¿Qué es ser cristiano en un mundo pobre y dividido como es nuestro mundo latinoamericano de hoy?

Con todo, no es tan sencillo relacionar la Biblia con la situación de hoy. Entre ambas hay un foso no menor de 1900 años. La Biblia nos llega después de haber pasado por muchas manos, por muchos corazones, cabezas, vidas. Ella se enriquece en este trayecto. Es la tradición. No importa cómo hayan llegado sus textos a ser lo que son, ellos son portadores de toda la resonancia de las edades que han atravesado. Así, Jesucristo para nosotros no es solamente el Jesucristo de los Evangelios, el de Pablo o Juan. Es también el Jesucristo de los primeros grandes concilios, el Jesucristo de los Padres, de los Escolásticos, etc. Por eso cuando decimos: pensar nuestra realidad a partir de la Escritura, Escritura aquí es toda la sensibilidad cristiana, ciertamente fundamentada en el Nuevo Testamento, pero enriquecida por la reflexión y vivencia ulteriores. Así, cuando teologizamos la problemática latinoamericana lo hacemos

con todos los recursos que la tradición ha acumulado a lo largo de la historia. Háblase, entonces, no solamente de la Sagrada Escritura sino de Escrituras Cristianas.

Lo anterior podría expresarse de modo más formal a partir de categorías ya estudiadas en mi libro *Teología e Practica* (Editora Vozes, 1978; edición en español: *Teología de lo Político, Sus Mediaciones*, Ediciones Sígueme, Salamanca 1980). Puedo decir, entonces, que la teología actual es Teología 1, porque refleja directamente las cosas de la fe; y que la “teología de la liberación” se sitúa además en la categoría de Teología 2, porque discute los problemas seculares y profanos. Ahora bien: la Teología 2 presupone a la Teología 1, y ésta le da la forma: presupone la instancia de producción que son las Generalidades II (en la terminología de Althusser). Así, cuando se habla de reflexionar sobre la problemática de América Latina (Generalidades I) a la luz de la fe (Generalidades II), esa “luz de la fe” está representada primariamente por la Escritura, pero enriquecida por toda la reflexión teológica posterior.

A esta altura oigo que usted me dice: Eso vale para cualquier teología y no sólo para la de Tomás de Aquino. Es verdad, pero Tomás de Aquino representa, en el sentir oficial de la propia Iglesia, una formulación privilegiada, aunque no exclusiva, de la fe cristiana. Hago apelo al sentir de la Iglesia magisterial que no necesito demostrar. Por eso, lo que he dicho vale para todos, y

en modo particular para Tomás de Aquino.

Sin duda alguna, es posible hacer una “teología de la liberación” prescindiendo voluntariamente de Santo Tomás. Sin embargo, estoy convencido de que se pierde en riqueza y en rigor. Tomás de Aquino es para todo teólogo pasaje obligatorio. Digo pasaje y no destino. Además, Tomás de Aquino sirve aquí como “Teología Fundamental” (T I) en función de una “Teología Histórica” (T 2). Por ello Vaticano II en *Optatam Totius*, no. 16, afirma que Tomás de Aquino permanece como el “maestro” en el trabajo de profundizar y organizar los misterios de la fe. Y esta es la tarea principal del teólogo.

Si todo esto es verdad, amigo mío, ponga atención al consejo que le doy: sobre cualquier tema que usted quiera abordar dentro de la “teología de la liberación” y que se relacione directa o indirectamente con la Teología 1, recurra a Tomás de Aquino y rara vez se verá decepcionado. Ya se trate de la gracia, de la justicia, de la prudencia, de Cristo, de la pobreza, de los sacramentos, la consulta y el estudio de Santo Tomás siempre amplía la visión y afina la penetración de la razón teológica. Por otro lado, no hace falta que le diga que cuando se recurre a Santo Tomás hay que hacerlo con sentido crítico y teniendo presente dos instancias: la instancia presente de nuestra problemática actual y la instancia original y canónica que es la Sagrada Escritura. En cuanto a esta última, es evidente que hoy tenemos mejores condiciones técnicas

para el estudio de la Biblia que los medievales. En cuanto al primer punto, debe quedar claro que lo importante no es tanto el texto de Santo Tomás cuanto la *lectura* de ese texto, lectura que debe hacerse a partir de nuestra propia problemática.

Además, el mismo Tomás de Aquino es para nosotros ejemplo del lugar central y decisivo que tiene la Escritura. Como profesor universitario daba sus clases con el texto de la Biblia en la mano. Era el libro base. Lo empleaba para la lectura (*lectio*) en el sentido pleno de la palabra: interpretación, comentario y discusión. Era lo que se llamaba exposición (*expositio*). La teología era teología bíblica. Por alguna razón el teólogo medieval se llamaba “maestro en la Sagrada Página” (*magister in Sacra Pagina*). El otro tipo de lecciones era las cuestiones (*quaestio*). Estas permitían un quehacer teológico más riguroso pero no tenían la dignidad de la primera, la *lectio*. La *quaestio* podía surgir de una determinada dificultad nacida de la *lectio* de la Escritura y, en lo posible, se resolvía a partir de la misma Escritura. Y aquí una curiosidad: Santo Tomás sabía de memoria toda la Biblia. La había aprendido de memoria junto con los cuatro libros de las Sentencias del Maestro Pedro Lombardo cuando estuvo cuatro años y medio encerrado por sus familiares en el castillo de Rocasessa, a los veinte años, para que no se hiciera dominico.

Fíjese, usted, amigo mío, por qué Tomás de Aquino interesa a la “teología de la liberación”. Inte-

resa en primerísimo lugar por ser él teólogo, y teólogo de los grandes. Es cierto que la “teología de la liberación” afronta una *temática* propia (explotación, transformación, conflictos sociales, etc.), entendida dentro de una *problemática* también propia (la de las ciencias sociales). Con todo, la perspectiva radical es la misma: la perspectiva de la fe, elaborada críticamente, es decir, *refundida* en función y a partir de nuestra específica problemática. Por lo tanto estamos siempre entre teólogos y no se debe pensar que entre Tomás de Aquino y la “teología de la liberación” haya una ruptura tan grande que no exista punto alguno de encuentro. Si bien hay entre los dos una discontinuidad innegable, también se da una continuidad aún más profunda que aquella.

En este punto quiero destacar un aspecto más para la presencia de Tomás de Aquino en la “teología de la liberación”. Quiero ubicarme una vez más en el campo de la teología, pero en su nivel más fundamental, que es el del *método teológico* como su justificación (epistemología).

La verdad es que Tomás de Aquino fue el fundador de la teología como ciencia. El señaló y fundamentó los principios de la producción teológica. Para ello rompió con toda la tradición anterior y decidió la orientación futura de la razón de la fe. Quiero decir: el realizó una “ruptura epistemológica” que inauguró la teología como ciencia, “ruptura” ésta que cada teólogo hoy debe hacer por su cuenta si quiere hacer teología como un

saber disciplinado. Ahora, si un "teólogo de la liberación" quiere hacer una teología que tenga validez, no sé donde pueda ir a buscar las reglas para su construcción si no es en Tomás de Aquino. Y estoy convencido de que en este punto este doctor no ha sido superado. Por ello, teniendo en cuenta las características de su tiempo, los textos básicos de metodología teológica de Tomás de Aquino conservan su consistencia y actualidad. Pienso en la Primera Cuestión de la *Suma*, en los ocho primeros capítulos de la *Suma contra Gentes* y en particular en el libro *In Boetium de Trinitate* (comentarios al libro de Boecio sobre la Trinidad).

Tomás de Aquino no propuso unas reglas para la práctica teológica sino que las practicó con maestría. Y en esto sigue siendo un maestro en el pensar. Un gran tomista del siglo XVI, el Cardenal Cayetano, hablando del carácter intelectual del gran doctor decía muy expresivamente: *Semper formalissime loquitur*, (habla siempre de manera sumamente formal, esto es, distinta, precisa). Leyendo las obras de Santo Tomás la gente se da cuenta de que su raciocinio es siempre riguroso. Nada se dice gratuitamente, sin una razón, sin una argumentación. Y todo aparece bien articulado, bien enlazado y construido, justamente (ya se ha observado) como las catedrales góticas de la misma época.

Y aun en aquellas cuestiones en que Tomás de Aquino aparece como más medieval y por lo mismo más superado, también la gente aprende. No por lo que dice sino

por el *modo como* lo dice. En este sentido él practicó la santidad del pensamiento. Era excesivamente respetuoso y honesto con la razón humana y sus exigencias de claridad, profundidad y verdad. Siempre "jugó limpio" con la inteligencia, sin caer nunca en una ideología barata o en la utilización mercantil de la razón. Era Santo también y sobre todo en cuanto intelectual. Daba a la razón lo que era de la razón y todo lo que era de ella. Tanto que llegó a ser acusado de naturalismo y racionalismo por sus contemporáneos e inclusive por autores posteriores.

Si usted, amigo mío, quiere ver una demostración de rigor teológico abra la *Cuestiones Disputadas*. Y si quiere ver claridad y organización de pensamiento debe acudir a la *Suma Teológica*.

Permítame que le cuente dos relatos biográficos a propósito del aprecio que tenía Tomás por la razón en su uso teológico. El primer episodio es de una sesión pública de controversia en París en 1271. Alguien defendía una fe pura, exenta de argumentación y únicamente basada en las autoridades. Tomás se levanta para responder: Sí, de esa manera nos quedaremos con la verdad, pero en una cabeza vacía (*Quod* . IV, art. 18).

El segundo episodio ocurrió también en una sesión pública. Un colega de Santo Tomás, San Buenaventura, denunció el recurso que sus contemporáneos hacían de la razón filosófica en favor de la teología. Decía: Es como mezclar el agua de la razón con el vino puro

de la Palabra de Dios. Santo Tomás, sintiéndose aludido, recordó el milagro de Caná y le respondió: Un momento, eso no es mezclar agua con vino sino transformar el agua en vino.

Por esto, amigo, no hay nada más cierto: la gente siempre gana cuando aprende a medirse con los grandes espíritus. Gana en inteligencia y también en humildad. Y siempre con la sensación de fuerza y de grandeza con que se cierra una obra de Tomás de Aquino. Vayamos, pues a los maestros. Si quiere crecer, luche con los gigantes y no con los pigmeos.

II. EL ASUNTO

En segundo lugar, Tomás de Aquino enlaza con la "teología de la liberación" por el hecho de haber afrontado en su tiempo las cuestiones sociales y políticas, tal como los "teólogos de la liberación" las afrontan hoy.

De hecho, Tomás de Aquino fue un teólogo político, como también lo fueron todos los grandes teólogos del pasado. Recuérdese a un San Agustín con su *Ciudad de Dios*. Desgraciadamente la tradición más reciente evadió, no inocentemente, este dato. Sabemos mucho del pensamiento religioso de los concilios antiguos, de los Padres, de los Escolásticos, pero casi nada sabemos de su pensamiento social. Ahora bien, sabemos que los concilios también se ocuparon de la problemática social de su tiempo. Así, únicamente alrededor del año 500 son 41 los concilios y sínodos que

concentran su atención en la problemática social de los pobres. De los Padres de la Iglesia, los cursos actuales de Patrología enseñan lo que se refiere a su posición doctrinal y nada sobre su doctrina social, por lo demás riquísima y con extraños acentos de actualidad. (Cf. la preciosa colección de textos sociales de los Padres: R. Sierra Bravo, *Doctrina social y económica de los Padres de la Iglesia*, COMPI, Madrid, 1967, 1056 pp). Ocorre lo mismo con Santo Tomás. Es preciso recordar y retomar hoy la teología política de este doctor. Entonces no nos sorprendería la "teología de la liberación".

Tenemos dos obras políticas, ambas incompletas, de Santo Tomás. La primera es *De Regimine Principum* (sobre el gobierno de los Príncipes), que llega hasta el libro II, cap. 4, inclusive. Fue escrito en 1265-1266, cuando el santo tenía 40-41 años. El otro libro es el *Comentario a la Política de Aristóteles*, que llega hasta el libro II, cap. 6, inclusive. Fue escrito en 1272, dos años antes de su muerte.

Además de estas dos obras, encontramos tratados de teología social y política en la *Suma Teológica*. Por ejemplo, el tratado de las leyes (I-II, q. 90-97), el de la *justicia* (II-II, q. 57-78) y especialmente el de la *prudencia*, la virtud de la medida, que tiene en la *política* (prudencia política) su expresión más elevada y amplia (II-II, q. 47-56). En el tratado sobre la justicia encontrará la cuestión de la *propiedad* en la famosa cuestión 66 de la II-II (cuestión ésta que debe ser completada con la q. 32, a. 5

de la II-II y con la q. 94, a. 5 de la I-II). La actual investigación deja en claro que para Tomás de Aquino la propiedad común es la propiedad natural original y que la privada sólo es natural cuando realiza para cada persona el sentido del común. Sin embargo, no fue así como lo entendió la tradición posterior y como en cambio sí puede aún observarse en la doctrina social de la Iglesia.

Usted me disculpará, amigo, de hacer aquí toda una explicación sobre la "teología política" de Tomás de Aquino. Pero puedo asegurarle que por poco que se adentre en ella descubrirá joyas preciosas y filones riquísimos. Pero únicamente para abrirle el apetito voy a contarle algunos detalles.

He aquí el primero. Para nuestro autor, el Bien Común que es el bien del pueblo, debe ser antepuesto al bien privado. Esta es una máxima que se repite como un estribillo en las obras de Santo Tomás. "Mayor y más divino es el bien del pueblo que el bien particular" (*De Reg. Princ.*, 1. I, cap. 9). Aquí apunta a la misión profética de la Iglesia: La salvación del pueblo debe ser preferida a la paz de algunos hombres particulares. Por ello, cuando algunos por su perversidad son obstáculo para la salvación del pueblo, el predicador y el doctor no deben temer ofenderlos a fin de garantizar justamente la salvación del pueblo" (*Suma Teol.*, III, q. 42, a. 2, c.) y Santo Tomás hace notar aquí que fue así como se comportó Cristo con respecto a los fariseos.

Del mismo modo, política es, para Tomás de Aquino, la mediación del Bien Común. A esta luz, hé aquí la manera crítica como aborda la *seditio*, a la que hoy llamaríamos subversión: "El régimen tiránico (dictadura) no es justo porque no se ordena al Bien Común sino al bien particular del que gobierna. Así, la perturbación de este régimen no es realmente sedición (subversión), a no ser cuando se produce desordenamiento de modo que el pueblo oprimido resulta aún más oprimido. Por el contrario, debe decirse que el tirano (dictador) es un sedicioso (subversivo) en la medida en que alimenta discordias y divisiones en medio del pueblo oprimido a fin de garantizar su dominación" (II-II, q. 42, a. 2, ad 3). Las maquinaciones del tirano para mantenerse en el poder, tales como intrigas, sospechas, prohibición de reuniones, etc., son descritas detalladamente en *De Reg. Princ.*, 1. I, cap. 3. En el capítulo el retrato del tirano es dibujado de cuerpo entero. Afirma: "Regimen tyranni est pessimum", "injustissimum".

Por otra parte, entendida como "el poder del pueblo, que, por el número, oprime a los ricos", más o menos como una "dictadura del proletariado" (*De Reg. Princ.*, 1. I, cap. 1), Tomás de Aquino no considera la democracia como un régimen justo, sino la monarquía, especialmente la monarquía equilibrada con elementos de la aristocracia y del pueblo. Pero incluso entendida así (lo que en manera alguna corresponde al ideal de la democracia moderna), Tomás de Aquino no considera la democracia como

“el régimen más tolerable de todos” (como la definió Churchill: el peor régimen exceptuando todos los demás). En cuanto a la tiranía, ella no es buena para nadie, ni siquiera para el propio tirano. Y Santo Tomás de Aquino lanza esta frase terrible: “Ay del gobernante que Dios en su cólera da al pueblo!” (*Infelix est autem rex, qui populo in furore Dei conceditur*) (*De Reg. Princ.*, 1. I, cap. 10).

Sería interesante, por otra parte, examinar hasta qué punto la teología de Santo Tomás está condicionada por su época y funciona como ideología justificadora del *status quo*. Haría falta estudiar lo que él piensa de la sociedad feudal y de su jerarquización social en términos de señor y siervo. Hasta qué punto consiguió romper con la visión de su tiempo y elevar una voz profética y contestataria? Si bien como opción de vida y de pensamiento se le ha colocado en la vanguardia del proceso histórico, como veremos más adelante, sabemos que “transigió” con el poder. Pasó, por ejemplo, casi 10 años en la corte del Papa Urbano IV como teólogo consultor (1259-1268). Y Luis IX, el Rey Santo, procuraba consejos del teólogo. Sabemos, también que era “progresista” para su tiempo. Desde el punto de vista teórico, Tomás de Aquino, con todos los padres de la Iglesia, consideraba el sistema social de la servidumbre como no natural sino ligado al estado de pecado de los hombres. Lo que hoy llamamos “pecado social” (cf. *Suma Teol.*, I, q. 96, a. 4, c; I-II, 1. 94, a. 5, ad 3, etc).

De todos modos la “teología política” de Tomás de Aquino está marcada por la problemática de su tiempo y limitada por ella. Es absurdo querer relacionar la “teología política” de Tomás de Aquino con la “teología de la liberación” en términos de continuidad sin ruptura. También se produce aquí una discontinuidad, aún más notable que la que se da a nivel propiamente teológico y que anteriormente se anotó. Hay, en primer lugar, una discontinuidad evidente de situaciones sociales entre la Edad Media y nuestro tiempo. Tal discontinuidad se ve agravada por la forma como las respectivas situaciones son encaradas: nosotros las abordamos a partir y dentro de una nueva problemática que es la de la racionalidad de las ciencias sociales, caracterizadas por su positividad, mientras Tomás de Aquino se mueve dentro de una comprensión casi exclusivamente filosófica y por lo tanto abstracta de lo social.

Sin embargo —y aquí aparece una continuidad de fondo— no por ello Santo Tomás se encuentra completamente superado, como si hubiera que relegarlo al limbo de lo meramente precientífico, o sea de lo ideológico. No. Puede aún hoy ayudarnos a reflexionar sobre los *fundamentos* últimos de la política, en aquello que sólo la filosofía puede resultarnos útil. De hecho el científico social, como tal, se mueve en un campo de ideas previamente establecidas de sociedad, hombres, poder, política, justicia, acción, etc., ideas que sólo pueden sacarse en limpio mediante una reflexión filosofante anterior. Así, por ejemplo, la cuestión actual de

si una política determinada puede ser humana no puede discutirse y resolverse en el ámbito de la ciencia social sino en el de la filosofía social. Por lo tanto la reflexión filosófica sigue siendo hoy necesaria aunque insuficiente. En realidad ella se ocupa de la *esencia verdadera* de las cosas pero no de su *existencia real*.

Tampoco pienso que se deba, entonces, recurrir única y exclusivamente a los filósofos, en nuestro caso a Tomás de Aquino, y menos aún quedarse en ellos. Lo que digo es que se debe *pasar por* ellos. Sólo los arrogantes pueden creer que son los únicos que existen y piensan que la verdad nació con ellos, para recordar una expresión del propio Tomás (*De Aeternitate mundi contra murmurantes*). Tampoco llego a decir que Tomás de Aquino sea paso obligado, pero sí ventajoso y que, por ello, es perfectamente compatible hacer "teología de la liberación" recurriendo a la "teología política" de Tomás de Aquino. Es lo menos que puede decirse en este campo.

III. EL EJEMPLO

Pasemos ahora, amigo, al tercer punto. Afirmo aquí que Tomás de Aquino sirve como modelo a los "teólogos de la liberación" en lo que se refiere al diálogo entre la teología y la cultura de su tiempo. Usted ha oído muchas veces este slogan: lo que Santo Tomás hizo con Aristóteles nosotros debemos hacerlo con Marx. Hablemos aquí de las mediaciones teóricas, culturales, de la teología. En este punto

Santo Tomás fue ejemplar: ejemplar en la manera de colocar los términos de la cuestión y resolverlos; ejemplar también por la reacción que ésta empresa produjo a su alrededor.

Observe, en primer lugar, que Santo Tomás fue intrépido para entrar en contacto con Aristóteles. El clima cultural dominante era de sospecha contra este filósofo. Tomás de Aquino no tuvo miedo de suscitar la oposición de los tradicionalistas, representados por el Agustínismo, tanto el de los monjes agustinos como el de los franciscanos. Todos ellos temían la pérdida de identidad de la fe cristiana. Más de un papa lanzó condenaciones contra el diálogo Teología-Aristóteles. Gregorio IX, en su carta a los teólogos de París del 7 de julio de 1228, llegó a hablar de la condenable "teología filosofante", así como hoy se dice "teología marxizante". Aún en vida, hubo tentativas abortadas de condenar a Santo Tomás por su intento teórico. Parece incluso que tales controversias lo llevaron a abandonar París para irse a Nápoles (1271). Y sólo tres años después de su muerte París y Oxford lograron condenar varias de sus proposiciones, lo que habría provocado el viaje de San Alberto Magno desde Colonia hasta París para defender a su discípulo condenado.

Pero Tomás de Aquino no estaba en realidad inventando nada: lo único que intentaba era poner la razón aristotélica al servicio de la fe. Su originalidad consiste en la síntesis que logró. Su biógrafo, Guillermo de Tocco, refleja el sus-

to de la época frente a la originalidad del pensamiento tomasiano: "Fray Tomás planteaba en sus cursos problemas nuevos, descubría nuevos métodos, emprendía un nuevo método de tejer las pruebas. Escuchándolo enseñar una nueva doctrina, con argumentos nuevos, nadie podía dudar de que Dios, por la irradiación de esa nueva luz y por la novedad de esta inspiración, le hubiese dado enseñar, por palabras y escritos, nuevas ideas". Observe, amigo mío, la repetición de la palabra "nuevo": nada menos que ocho veces ! Si Tomás no es un innovador, no tiene miedo de mostrarse nuevo.

Por otra parte, Tomás de Aquino no entregó la fe contra precio alguno. Cuando ésta era la tendencia opuesta a la de los agustinistas a la cual pertenecían los llamados averroístas, seguidores del mayor comentarista de Aristóteles, el árabe Averroes. Uno de ellos era Sigerio de Brabante. Tomás, por el contrario, siempre mantuvo la fe en su nivel, el nivel de las excelencias, en su régimen propio e irreductible, no anti-racional sino supraracional. Tenía de la teología el más alto concepto: el de ser la reina de las otras ciencias, en el sentido de colocarlas a su servicio pero sin llegar a dominarlas despóticamente. Porque él admite la autonomía relativa de la naturaleza y la razón. Está convencido de que rebajar a la creatura es rebajar al Creador, como lo dice repetidamente en los capítulos 3 y 69 de la *Suma contra Gentiles*, libro II. Hace gala de un profundo respeto por la autonomía de los órdenes del ser y del saber, específicamente

del orden racional, de su lógica, reglas y principios. Aprendió con su maestro San Alberto la lección: "En materia de fe y de costumbres es preciso dar fe a Agustín más que a los filósofos, desde el momento en que haya desacuerdo entre ellos. Pero en cuestiones de medicina, echa mano de Galeno y de Hipócrates. Y en cuestiones de filosofía recurre a Aristóteles o a algún otro entendido".

Fíjese, pues, que Tomás es extremadamente cuidadoso del régimen propio de las causas empíricas y positivas, a las que llamaba "causas segundas". Admite, sin embargo —el nombre ya lo deja ver— una articulación de las "causas segundas" con la "causa primera": Dios. Pero esto en un nivel superior. "La gracia no suprime la naturaleza sino que la ennoblece", acostumbraba decir. Así la acción humana en la historia no rivaliza con la acción de la providencia divina, pues las dos juegan en campos diferentes pero entrelazados, de modo que ésta acoge y rescata a aquélla.

Tomás de Aquino evitó tanto una posición reaccionaria cuanto una posición meramente vanguardista. Mantuvo una posición superior, en la forma como él mismo lo afirmara: Es propio de un espíritu pequeño caer en la posición contraria de la del adversario, sin encontrar de paso, en el medio, la verdad. Marx había dicho lo mismo: Es preciso tener bastante espíritu dialéctico para criticar una posición sin caer en la contraria.

Además, Santo Tomás siempre prefirió la consideración de la verdad a la de sus portadores. En este sentido era un verdadero filósofo. Acostumbraba decir: "En cuanto a las diferentes teorías no se debe prestar atención a las personas sino a las verdades". Todo lo que aparecía como verdadero lo guardaba, como la abeja, la miel, sin importar la flor. Y repetía una frase atribuida entonces a San Ambrosio: "Toda verdad, no importa quién la haya dicho, proviene del Espíritu Santo" (*Omne verum, a quocumque dicatur, a Spiritu Sancto est*). Y estaba convencido de que "mientras los pensadores que se equivocan sean dignos de nuestra honra, gratitud y estima, contribuyen también al descubrimiento de la verdad". Prestaba atención a los argumentos y no a las autoridades. Pues para él la búsqueda de la verdad no estaba en los dichos de los sabios sino en la razón de las cosas. "El refuta a un adversario como quien instruye a un discípulo", dice admirablemente su biógrafo De Tocco, refiriéndose a esa forma de caridad que es la caridad intelectual, "la más difícil de las caridades" (Chenu).

Santo Tomás aplicaba a todo y a cualquier sistema el principio neotestamentario: "Probad todo y retened cuanto es bueno" (I Tes 5,21). Concretamente, corrige a Aristóteles en varios puntos, justo aquellos en los que mayormente se le acusaba de caer:

— el determinismo de la naturaleza, que llevaba a la negación de la providencia divina y de la libertad personal;

— La impersonalidad del espíritu, que llevaba a la negación de la inmortalidad individual;

— la eternidad del mundo, que llevaba a la negación de la creación del mundo por Dios.

Tomás de Aquino no se muestra ni solamente divinista ni solamente humanista. Es un sinterizador: articula siempre las diversas dimensiones de la realidad. Nunca presenta una oposición o dicotomía entre Dios y el Hombre, la Fe y la Razón, la Providencia y la Libertad, la Teología y la Filosofía, el Cuerpo y el Alma, la Eternidad y el Tiempo. Es un espíritu antidogmático y dialéctico, en el mejor sentido de la palabra, cosa que Maritain expresó en la conocida fórmula "distinguir para unir". Con igual fuerza se oponía al dualismo y al confusionismo.

Note, por fin, apreciado amigo, que si Tomás de Aquino consiguió finalmente imponerse en la Iglesia, contra todas las corrientes tradicionalistas, fue en gran parte debido al apoyo de Roma, que en ese sentido tenía una línea progresista. Importante fue también el apoyo que en varias circunstancias recibió Tomás de la Facultad de Artes (de ciencias y letras, la llamaríamos hoy).

¿No encuentra, amigo mío, que todo esto abunda en significado y enseñanza para nosotros, hoy, en nuestros desafíos culturales? Siuviésemos el espíritu de Tomás de Aquino tendríamos menos reparos intelectuales ante el marxismo y demás corrientes modernas. Ello muestra, también, qué poco tradi-

cionales son los "tradicionalistas". Sí, la verdadera Tradición se ríe de las tradiciones.

IV. LA MILITANCIA TEOLOGICA

Permítame ahora, amigo, desarrollar un último punto acerca de la cercanía de Tomás de Aquino con los "teólogos de la liberación". Quiero referirme a un punto sobre el cual los teólogos de hoy son muy sensibles. Se trata de la vinculación vital del teólogo con la realidad de los oprimidos. A este respecto se habla de "intelectual orgánico", de "teólogo militante". En este punto, también, Tomás de Aquino no se mostró extraño. El fue un "teólogo militante" a la manera como podía serlo un teólogo de su tiempo.

En primer lugar, recuerde que contrariando la voluntad de su familia, perteneciente a la pequeña aristocracia feudal, Tomás quiso hacerse mendicante: fraile dominicano. El movimiento mendicante representaba lo más avanzado y lo más contestatario de aquella época. En efecto, los medicantes organizaron un esquema de vida que se ubicaba en las antípodas del feudalismo: en vez de grandes monasterios en el campo, pequeñas casas en las ciudades; en vez de dirigirse a los nobles, predicaban al pueblo; en vez de ricos beneficios, asumían la pobreza más estricta; en vez de una estructura jerárquica de organización religiosa, adoptaron el ideal de fraternidades y de participación de todos en las decisiones.

Usted no puede imaginarse hasta qué punto atraía a los jóvenes y a los intelectuales esta nueva propuesta. Tanto que "las parroquias quedaron desiertas —se lamentaba el Papa Inocencio IV en 1254— y los sacerdotes quedaron abandonados en las iglesias como pájaros solitarios sin el consuelo de las acostumbradas ofrendas".

Por algo en el mismo París, donde Tomás y Buenaventura proponían sus lecciones, los reaccionarios organizaron un ataque contra este proyecto de vida. Recordemos el expresivo título del panfleto varias veces editado y cuyo autor era un terrible profesor de París, Guillermo del Santo Amor: "Sobre los peligros de los últimos tiempos". En él se llama a los mendicantes "falsos predicadores" —predicadores de un "nuevo evangelio" que es el "Evangelio Eterno" de Joaquín de Fiore. Tomás de Aquino, generalmente tan moderado y reservado, (por algo era llamado el "buey"), no quiso aceptar este desacato a su orden. Dos veces se levantó para defender a sus hermanos mendicantes de las calumnias de los tradicionalistas. Los títulos de sus libros, por su carácter polémico, muestran hasta qué punto se vio involucrado en el asunto: "Contra la pestífera doctrina de los que impiden a los hombres entrar en la vida religiosa" de 1270. Aquí, como ocurriera en la polémica del averroísmo, tuvo que defenderse sin caer en el extremo opuesto representado por el franciscano Gerardo de Santo Domingo, cuyo joaquinismo exagerado condenó Alejandro IV en 1255.

Fue el movimiento mendicante y su apertura a los nuevos vientos de la historia lo que llevó a Tomás a abrirse a Aristóteles. En efecto, los mendicantes no querían permanecer encerrados en una “escuela del servicio del Señor”, como había definido la vida monástica San Benito. Acuden a París, el centro intelectual de la época, “horno donde se cocina el pan de toda la cristiandad” al decir de un contemporáneo del Papa Gregorio IX. Este comportamiento escandaliza a los religiosos tradicionales como Rogerio Bacon, Ruperto de Deutz y otros, que se quejan del abandono de la “bienaventurada escuela de Jesucristo”.

Vé usted, amigo mío, que Tomás de Aquino se situó en la cresta de la ola de su tiempo, en la línea de tiro. No piense que fuera un “teólogo alienado”, aislado de los problemas de su tiempo. No. Estaba involucrado en los dos frentes culturales decisivos de la época: la cuestión del aristotelismo y la del movimiento mendicante. Es sólo por efecto de la costumbre y de la distancia histórica por lo que no nos damos cuenta de lo difíciles que fueron estas polémicas. Tomás fue un buen combatiente. Su *Suma contra Gentiles* fue escrita desde el marco de la presencia árabe en España y de la seducción que la cultura greco-árabe representaba para los espíritus de entonces.

Tampoco vaya a creer que Tomás no tuviera ningún “compromiso pastoral”. Usted sabe que el teólogo medieval —el “magister”— no sólo debía enseñar sino también predicar. Formaba parte de su fun-

ción. Por ello conservamos varios volúmenes de los sermones de Santo Tomás. Y estos tenían incidencia sobre los debates de su tiempo. Recuerdo un episodio: mientras Santo Tomás predica, entra un estudiante derechista de la línea de Guillermo del Santo Amor, e interrumpe el sermón para recitar un panfleto contra los mendicantes y en lengua vernácula. Tomás espera pacientemente a que termine y luego retoma el hilo de su sermón. Por otra parte, Tomás de Aquino no consideraba la vida contemplativa como la mejor forma de vida sino la “vida mixta” que une la teoría con la práctica. Formuló esta relación en la célebre fórmula: “contemplata aliis tradere” (transmitir a otros lo que se ha reflexionado). Aquí también, Tomás se mostró dialéctico, el espíritu sintitizador.

En cuanto a lo que hoy llamamos “opción por los pobres”, quiero citarle este testimonio de su biógrafo (*vita. . .*, 36): “Tenía una admirable compasión por los pobres. Acostumbraba dar sus ropas y sus cosas a los indigentes. No reservaba para sí nada supérfluo, pues sabía que los supérfluo, por orden del Señor, debe darse para satisfacer las necesidades de los otros”. En este punto, existía ya en la Edad Media una curiosa versión de su muerte, evocada por Dante en *La Divina Comedia* (Purg. XX, 67-69) y contada por Bocaccio. Según esta versión, el santo habría muerto envenenado por el médico al que el rey Carlos de Anjou pérfidamente encargó de acompañarlo hasta Lyon. Se dice que este príncipe temía que Fray Tomás denun-

riase al Papa las arbitrariedades que él cometiera contra el pueblo de Nápoles. Legendaria o no, la historia muestra hasta qué punto Santo Tomás era un hombre comprometido. Lo que lo hace más cercano al modelo del teólogo de hoy.

Sobre esto de “teólogo orgánico”, considero interesante llamar la atención sobre el hecho de que Santo Tomás de Aquino siempre huyó de la seducción del poder. Es famoso su rechazo a cualquier forma de integración al sistema, y si hubiese cedido no tendríamos al doctor y santo que hoy tenemos. La primera vez rechazó el poder abacial de Monte Cassino que Inocencio IV le ofreció movido posiblemente por la propia madre de Tomás y para mejorar las condiciones económicas de la familia. . . Posteriormente rechazó también el arzobispado y los ricos beneficios de la abadía de San Pedro de Nápoles, oferta hecha por Clemente IV. Por último, estaba igualmente decidido a renunciar al cardenalato que le tenían preparado a él y a San Buenaventura en el Concilio de Lyon. A su compañero y secretario le dijo que quería morir como simple fraile: “Esté seguro de que por ningún motivo cambiaré de estado” (según el testimonio de De Tocco y de Bartolomé de Capua).

No quiero hablarle, amigo, de la violenta crisis intelectual y espiritual que experimentó al final de su vida y que le hizo considerar su inmensa producción teórica (34 vol. en IV mayores y 2 columnas) como “paja”. Lo que también muestra lo relativa que para él era toda teoría. Y es sintomático que las últi-

mas explicaciones del doctor fueran sobre el Cantar de los Cantares y dirigidas a los monjes de Fossanova, pocas semanas antes de su muerte ocurrida el 7 de marzo de 1274. Y hé aquí esta curiosidad muy poco conocida: “Después de la muerte de Santo Tomás en su convento, (los monjes de Fossanova) no dudaron en decapitarlo, descuartizarlo y poner el cuerpo en conserva, por temor de perder las reliquias”, es lo que cuenta el gran historiador holandés J. Huizinga en su obra clásica *La decadencia de la Edad Media*.

De todo lo que escribí en este cuarto punto no quiero dejarle la impresión de que Tomás de Aquino fuera el “teólogo comprometido” que los “teólogos de la liberación” quieren y deben ser. Aquí también hay continuidad: compromiso en unos y en otro. Pero también hay discontinuidad: la forma de compromiso de hoy es diferente de la de entonces.

* * * * *

Amigo, estoy llegando al final. Espero que haya sido suficientemente claro en mis afirmaciones. Tómelas por lo que son: una primera tentativa, modesta, de relacionar a Tomás de Aquino con la “teología de la liberación”. Usted sabe que no soy especialista en este doctor. Las referencias históricas que he hecho, podrá encontrarlas en cualquier buen libro sobre el tema, como el de M.D. Chenu, *Santo Tomás de Aquino y la teología*, Aguilar, Madrid, 1962 o la *Introducción a la Suma Teológica* de la BAC por S. Ramírez. Con más

tiempo de estudio habría logrado algo mejor.

Como habrá podido notar a lo largo de toda esta explicación, no debe tomarse la llamada "teología de la liberación" por una teología especial que nada tuviera que ver con las teologías anteriores. No se la debe contraponer a la "teología escolástica" como si fuera una nueva especie de ciencia. Pero entonces, por qué emplear el término "teología" para designarla? La teología de la liberación" es la teología que se debe hacer en América Latina para ser fiel a las exigencias de Dios en la propia historia. Este título "teología de la liberación" es un título útil pues significa tomar en serio nuestro presente histórico, como hizo Santo Tomás con el suyo, cosa que no muchos teólogos "actuales" hacen. Pero soy de opinión de que se trata de un título provisional y cómodo: es para distinguir este modo de hacer teología de otro que existe aún hoy pero que no es

de hoy, por lo menos del hoy de los pobres. Por eso tuve el cuidado de colocarlo siempre entre comillas. En realidad se trata simplemente de la teología que Santo Tomás haría si fuera un latinoamericano del siglo XX.

Por todo lo que dije, debe haberle quedado claro que no considero a Tomás de Aquino insuperable. Lo considero, sí, inevitable. Su superación no está hecha de desconocimiento y menos aún de desprecio, sino sencillamente de *paso* a través y al lado de él.

Termino, recordándole esta afirmación profética que San Alberto Magno hizo de su discípulo: "Vosotros lo llamáis el buey mudo. La verdad es que con su doctrina él va a dar un mugido tal que va a resonar por todo el mundo". Como en efecto ha sucedido. Esta carta es un eco de ese grito. . .

Un abrazo teológico y liberador de su amigo,